

EL HABLAR COMO OBJETO DE UNA NUEVA FILOLOGÍA: DE LA CONCEPCIÓN DEL MUNDO AL SISTEMA LINGÜÍSTICO

Guillermo Fernández Rodríguez-Escalona

UNIVERSIDAD CARLOS III

A Valerio Báez, con gratitud, por la generosidad y la lealtad que me ha regalado en todo momento.

RESUMEN

Hablar es un acto de creación verbal, siempre nuevo, determinado por cuatro elementos fundamentales: la concepción del mundo del hablante, su impulso expresivo, las concepciones del hablar y el sistema lingüístico. Cada uno de estos elementos impone sus restricciones a la actividad de hablar y esta refleja, de diferentes maneras, esas restricciones. A su vez, concepción del mundo, impulso expresivo, concepción del hablar y sistema lingüístico mantienen un juego de complejas relaciones entre sí. Una verdadera ciencia del hablar, que aquí se identifica con una nueva filología, tendría que fundar su objeto de estudio en esas relaciones y en las restricciones que imponen al acto expresivo.

Palabras clave: FILOLOGÍA, HABLAR, CONCEPCIÓN DEL MUNDO, IMPULSO EXPRESIVO, CONCEPCIÓN DEL HABLAR.

La acción significativa es como un texto que se ofrece a la lectura, a varias lecturas, y la dialéctica entre explicación y comprensión que envuelve a la lectura y a la interpretación de un texto, nos invita igualmente a buscar en la interpretación de las acciones de los hombres una alternativa semejante entre comprender y explicar.

(Paul Ricoeur, *El discurso de la acción*)

1. PLANTEAMIENTO

Invariablemente denostada por lingüistas y por historiadores y teóricos de la literatura, la filología anda de capa caída desde hace mucho tiempo. Los unos (los lingüistas) le echan en cara su atención a lo anecdótico, el método histórico y el hacer de los textos literarios su objeto de estudio preferido; la investigación lingüística va hoy por caminos muy distintos de los que interesaron a los filólogos y, en consecuencia, han percibido en la filología un tufillo añejo. Los otros (los estudiosos de la literatura) desconfían del papel preponderante que desempeña lo lingüístico en los estudios filológicos y de algunos conceptos sospechosos, como el de *estilo*, que –a su juicio– perturban la percepción de lo literario, por lo cual perciben estos en la filología un tufo no ya añejo, sino declaradamente rancio.

En lo que sigue trataremos de defender –si alguna posible defensa hay a la altura de nuestros tiempos– una disciplina tan denostada que, a la postre, ha venido a quedar en tierra de nadie. A la altura de nuestros días, la filología no puede conformarse con hacer objeto de su estudio la depuración textual para tratar de fijar los textos en su autenticidad literal; atrás quedaron ya los viejos tiempos y hoy sabemos ya que hay textos que no pueden llegar ni a un estado razonable de depuración ni siquiera a un posible arquetipo; es el caso de la literatura oral, pura variante completa en cada una de sus realizaciones. Sin renunciar a nada, puede decirse que esta tarea está razonablemente realizada a estas alturas, gracias a la labor acumulativa iniciada en tiempos

alejandrinos y notablemente impulsada durante el positivismo decimonónico (que se extiende también a buena parte del siglo XX).

Un texto no es solamente su pura materialidad literal. Hay muchas más cosas por debajo (o por encima) de un texto. En modo alguno el texto agota las posibilidades de la tarea del filólogo. Como apuntó Humboldt y posteriormente Coseriu, el texto es solo producto de una actividad y esa actividad de algún modo está también codificada en los textos. Ir del producto al acto que lo produce sería, creemos, el objeto de una nueva filología. Esta es una labor de interpretación, hermenéutica, que se propuso la estilística, la última gran corriente verdaderamente filológica. Pero, no menos denostada que la filología, la estilística quedó, además, “lastrada” por la vigorosísima personalidad de sus cultivadores más ilustres (entre los que se cuentan Amado Alonso y Leo Spitzer¹). Sus penetrantes trabajos no han tenido la continuidad que podría esperarse y la estilística entró en vía muerta.

Entendidas como ramas de un mismo tronco, estilística y filología no pueden ser otra cosa que la fallida ciencia de la expresión que postulaba Bühler (1950). Pero la expresión no es algo inmotivado, es (diciéndolo de un modo un tanto psicologista) la respuesta verbal individual que un hombre da a un estímulo presente en su medio. Ese estímulo es el impulso expresivo, noción propuesta y nunca desarrollada por Coseriu. La tarea que plantea el estudio de los textos es la búsqueda de su sentido, de algo que se prolonga más allá de la literalidad material: la clarificación de las relaciones entre el mundo y la expresión, mediadas por la lengua (y otros sistemas simbólicos). Expresarse es hacer y ese hacer puede explicarse recurriendo a las concepciones del mundo, a la teoría de la acción y a sus repercusiones en el sistema simbólico del que se sirve.

1. Valerio Báez (1972) dedica a estos dos autores –además de a Dámaso Alonso, obviamente– buen número de páginas de su trabajo *La estilística de Dámaso Alonso*.

2. EL HABLAR Y SUS DETERMINACIONES

Cuando en el primer acto de *La vida es sueño* calderoniana dice Clarín:

*Yo soy sordo, y no he podido
escucharte,*

este personaje trata de burlar la cólera de Segismundo, que amenaza a Rosaura por haber escuchado sin querer sus quejas. Vistas en el interior del mundo dramático, la oportunidad de sus chuscas palabras en tan intensa situación no se agota –ni mucho menos– en las palabras mismas, sino que estas son algo parecido a un instrumento mediante el cual pretende desentenderse de la amenaza del iracundo príncipe de Polonia. Hablar es un acto humano y, como otros actos humanos, consiste en la ejecución de una operación o de una serie de operaciones encaminadas a un fin. Desligado de su finalidad, del acto lingüístico solo quedarían los despojos: una cadena verbal ajena al propósito con que el hablante la emite en una situación dada.

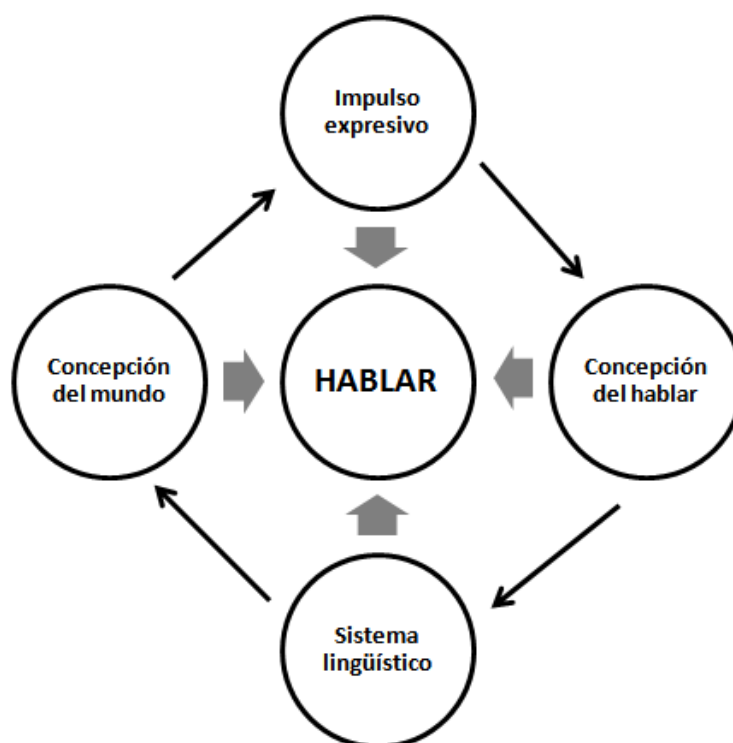
De una manera u otra, el sentido de este ejemplo calderoniano está presente en toda actividad lingüística. Efectuada en otro tiempo, en otro lugar, a otra persona, etc..., la oportunidad de la intervención de Clarín sería completamente distinta. La emisión verbal es medio que el que habla cree adecuado para el fin que quiere conseguir. El hombre habla y hablando actúa sobre su entorno; se sirve de la palabra para modificar lo que le rodea –o al menos para tratar de hacerlo– en la medida que pueda. Sobradamente sabido es que el de hablar es un acto único e irrepetible en el que entran en juego todos los factores que entran también en juego en la situación en que se emite; pero a la motivación de la actividad verbal se le ha prestado menos atención que a lo que en ella hay de acto.

El hablar no surge de la nada. Se habla para algo y se habla por algo. ¿Es posible indagar en esos *por algo* y *para algo* y llegar a vislumbrar unos principios generales operantes en los casos particulares, o, por el contrario, los motivos del hablar son tan heterogéneos que no se pueden reducir a unas líneas generales

sistematizables? Ante esta disyuntiva, nuestra respuesta afirma la primera de las opciones y trataremos de justificarla desde la asunción de unos postulados básicos que, creemos, se dan en toda actividad comunicativa:

1. El hablar revela la identidad del hablante, entendida como la posición vital que este adopta en su universo de vigencias.
2. El hablar es un hacer que está en íntima relación con la totalidad del comportamiento.
3. El hablar es un modo de hacer, propio y específico, determinado por unos condicionantes que le son propios.

De acuerdo con el primero, el hablar mira hacia la estructura del mundo en el que se produce la actividad comunicativa; el segundo, hacia las necesidades expresivas del hablante y el tercero, hacia los condicionamientos normativos y lingüísticos. Tal como la concebimos, la actividad de hablar se halla en el centro de una red de relaciones que la determinan. Cuatro, a nuestro juicio, son los elementos fundamentales que ejercen esa determinación: las concepciones del mundo, el impulso expresivo, la concepción del hablar y el sistema lingüístico. Y cada uno de ellos, a su vez, se halla en relación con los demás. En el siguiente gráfico se representa la estructura de esta red:



En los apartados siguientes trataremos de examinar cada uno de estos conceptos mostrando su relación con la actividad verbal y cómo se entrelazan e influyen los unos en los otros.

3. LA CONCEPCIÓN DEL MUNDO

3.1. *Ex abundantia cordis os loquitur*. En la actividad comunicativa se concretan imaginarios sociales y prácticas culturales que reflejan la idiosincrasia de una comunidad. De acuerdo con Cassirer, el hombre se constituye en animal simbólico que “se ha envuelto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en símbolos míticos o en ritos religiosos, en tal forma que no puede ver o conocer nada sino a través de la interposición de este medio artificial”². Sobradamente conocidos son, a este respecto, los trabajos encaminados a mostrar cómo los textos se ajustan a esa suerte de “pensamiento” colectivo y, a la inversa,

2. Ernst Cassirer (1979, p. 48).

esos imaginarios se modifican en los intercambios comunicativos. Los textos y las imágenes del mundo están en constante interacción y su condicionamiento mutuo ha sido objeto de investigación desde los ya lejanos *estudios estilísticos* hasta más recientes enfoques como el denominado *relativismo lingüístico* o la *ecolingüística*, además de otros acercamientos de última hora que ponen en evidencia el peso de la herencia lingüística incluso en la actividad económica³.

Pero la vieja aseveración evangélica pone de manifiesto que en la comunicación no solamente se reflejan esos aspectos colectivos, sino que, ante todo, el sujeto hablante se evidencia a sí mismo, por cuanto este lleva a cabo un acto de expresión que se nutre de sus propias convicciones, compartidas o no con otros.

En lo que tienen de compartidas, esas convicciones cohesionan la identidad de la comunidad y, en su conjunto, constituyen lo que se ha denominado *concepción del mundo* (*Weltanschauung*). Se utiliza aquí la expresión *concepción del mundo* con el sentido de *conjunto de ideas y creencias sobre la composición y organización del mundo*. Hemos de aclarar que la palabra *mundo* se refiere en esta expresión no solo al orden natural de las cosas, sino a una totalidad en la que se integran, además de la naturaleza, la sociedad, el individuo y la divinidad, junto con los atributos que corresponden a cada una de estas categorías. La concepción del mundo es la clave interpretativa a partir de la cual las cosas singulares cobran sentido en su relación con la totalidad de lo real o, mejor dicho, de lo que se considera real, porque, como dice Bouthoul, "aquello que ignoramos no existe"⁴. Pero por la concepción del mundo no solo cobran sentido las cosas singulares al ubicarse en la totalidad, sino que la misma totalidad cobra también un sentido en relación con el sujeto que la concibe.

3. José Luis García Delgado, José Antonio Alonso y Juan Carlos Jiménez: *Economía del español. Una introducción*, Ariel/Fundación Telefónica, 2007.

4. Gaston Bouthoul (1970, p. 32).

Aunque este concepto se ha venido utilizando con frecuencia desde los tiempos de la Ilustración germánica, fue W. Dilthey⁵ quien le dio renovado vigor a principios del siglo XX, y desde entonces, aun cuando su campo propio sea el de la filosofía⁶, se ha aplicado con cierta frecuencia a los estudios literarios⁷ y a los históricos⁸.

3.2. *Las concepciones del mundo.* Wilhelm Dilthey perfiló el concepto de *concepción del mundo* y lo aplicó al análisis de la vida intelectual y artística. Las concepciones del mundo, según Dilthey, hacen comprensible la vida, tanto la vida particular de cada cual como la vida colectiva en sus distintas facetas. Aun cuando el contenido de distintas concepciones puede ser muy diferente, todas ellas comparten el ser representaciones culturales que muestran una misma estructura. Dilthey enumera, sin apenas detenerse a analizarlos, los elementos constitutivos de las concepciones, a saber: imagen del mundo, valores y principios éticos. La base de la concepción está constituida por una imagen, donde “se deciden las cuestiones acerca de la significación y el sentido del mundo” (*Teoría de las concepciones del mundo*, p. 45); y de ahí se deducen los valores ideales y los principios del comportamiento humano.

5. Wilhelm Dilthey: *Teoría de las concepciones del mundo*, traducción de Julián Marías, Madrid, Revista de Occidente, 1974, 1ª ed. alemana 1911.

6. Ortega y Gasset (1977) habla de *creencias* y Julián Marías (1972), de *imagen intelectual del mundo*.

7. Véase, por ejemplo, Lucien Goldmann: *El hombre y lo absoluto*, Barcelona, Planeta, 1986.

8. La historiografía marxista prefiere *ideología*, y en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX, y muy especialmente la historiografía francesa, se consagró una corriente, la *historia de las mentalidades*, en la que *mentalidad* designa un concepto similar, pero no idéntico. El término *mentalidad*, y más aún los contenidos que pretende representar, ha estado sometido a crítica de manera casi permanente, tanto desde la filosofía como de la propia historiografía, desde que empezó a circular, y de las objeciones que se han planteado han surgido nuevos conceptos como los de *historia cultural* (Peter Burke 2000) o *representación* (Paul Ricoeur 2003).

Mayor atención dedica Karl Jaspers al análisis de la estructura de las concepciones; en su *Psicología de las concepciones del mundo*, obra reelaborada en sus varias ediciones entre 1919 y 1960, Jaspers considera la concepción del mundo como un saber total y universal (opuesto a los saberes particulares) que se manifiesta en las vivencias de los individuos, guiando tanto el actuar como el pensar. Ese saber está constituido por una imagen del mundo externo y una escala de valores, imagen y escala que operan en unas actitudes. En líneas generales, los elementos constitutivos que toma en consideración son los que ya había avanzado Dilthey; sin embargo, Jaspers ahonda en las relaciones que tales constituyentes mantienen entre sí:

Las actitudes son posibilidades formales; para que estas puedan ser fijadas, cumplidas concretamente y orientadas a metas particulares se precisan las fuerzas. Las imágenes del mundo son meras esferas objetivas, en cierto modo imágenes reflejadas muertas, cuando no se han hecho propias, es decir, si no se han producido por el sujeto; para ello se precisa de nuevo de las fuerzas que, en la experiencia agitada, determinan la elección y la dirección.

Expresado de una forma muy general, estas fuerzas están objetivadas en valoraciones. [...] En las valoraciones, que son las fuerzas de la vida, está dado algo último. Por qué todo hombre debe valorar es algo que no puede fundamentarse en modo alguno, por ejemplo, de una forma objetiva [...]

La fuerza de la apropiación queda para la valoración individual concreta que hace ahora existentes, primeramente de una forma viva para el sujeto, no solo las series de valores puramente objetivas, sino también las actitudes e imágenes del mundo. (Jaspers 1967, pp. 290–291).

3.3. *El objeto de las concepciones: la imagen del mundo y los valores.* Puede admitirse, con Jaspers, que el objeto de las concepciones del mundo está constituido por una imagen del mundo y por una ordenación de valores, entendiendo por imagen del mundo el

significado de distintas regiones de la concepción (la naturaleza, la sociedad, la persona y lo trascendente) así como las relaciones que se establecen entre ellas.

La imagen del mundo responde a cuestiones fundamentales acerca del significado de las cosas en relación con el sujeto que la sustenta. En sus líneas más abarcadoras, la imagen del mundo reconoce la existencia de los seres (la naturaleza, la divinidad, el hombre, la sociedad o uno mismo) como realidades objetivas, independientemente de que puedan ser o no verificadas. En este sentido, una imagen del mundo no es una construcción necesariamente racional, aunque no se excluya la presencia de lo racional en la imagen del mundo. No se trata tanto de representaciones de naturaleza puramente intelectual cuanto de una totalidad sustentada en representaciones dotadas de fuerza vital; la imagen del mundo es un sistema de representaciones conformado por creencias más que por ideas. Las grandes concepciones filosóficas proporcionan una imagen intelectual del mundo, ciertamente, pero la imagen intelectual del mundo se queda en mera descripción, en algo parecido a la representación de un observador externo a ese mismo mundo; en cambio, las creencias implican, sobre la imagen intelectual, una vigencia, un asentimiento del sujeto a la veracidad de la imagen.

A la representación intelectual del mundo, las creencias añaden un aspecto más: la valoración. La valoración, que es “la fuerza de la vida” según Jaspers, aporta una toma de postura del sujeto ante el mundo. El valor consiste en otorgar preferencia a unas cosas sobre otras, y en las preferencias se configura tanto la estructura del mundo representado como la posición desde la que se representa. Es el sujeto individual el que otorga valor a concretos aspectos del mundo y el que ordena jerárquicamente esos valores. Y lo hace de una manera inevitable: no se puede no preferir sin dejar de ser hombre; la ausencia de valor convierte el mundo en un mero agregado incoherente de cosas, ajenas al individuo. Por el valor, y no solo por su incardinación en la imagen del mundo, cobran sentido las cosas. El valor concede sentido a los elementos constitutivos de la imagen del mundo situándolos en la perspectiva intencional del sujeto. Como indica Jaspers, los valores

apelan al sentimiento, a la inteligencia y a la voluntad, y, con ello, orientan ya la acción. Las cosas, dotadas de valor, suministran al sujeto una información que exige de este una respuesta hacia ellas.

La imagen operativa en las concepciones del mundo está indefectiblemente asociada a unos valores. El mundo valorado es el estrato básico de la concepción del mundo. El sujeto asiente tanto a la imagen como al valor y eso se hace patente en la acción. Y desde ese asentimiento, la estructura de la realidad en la que el hombre se desenvuelve es pura obriedad para el sujeto, por lo cual, no se siente la necesidad de explicitarla de manera literal.

3.4. *La concepción del mundo en el hablar.* Por eso, el objeto de la concepción del mundo (la imagen y la jerarquía de los valores) se presenta, de ordinario, como el conjunto de presupuestos que subyacen a los actos humanos más bien que como declaraciones explícitas. De ahí su formulación fragmentaria, de estrato latente desde el que se vive y se actúa; de ahí también el que se capte menos en la literalidad de lo expresado que en la modalidad desde la que se expresa el sujeto o en los contenidos implícitos (sobrentendidos y presuposiciones) de la expresión.

Las lenguas se pliegan a la manifestación de la *Weltanschauung* de sus usuarios en el acto de la comunicación. En un sencillo acto expresivo como

Me han hecho sufrir, ante todo, mis mejores amigos,

la expresión *ante todo* determina al SN *mis mejores amigos*, pero además: a) por una parte, pone en paralelo las personas mencionadas en este sintagma con otras no mencionadas (pero sí presupuestas) que también han hecho sufrir al que habla y b), por otra, mediante *ante todo*, el que habla sitúa a sus mejores amigos en lugar destacado dentro

del conjunto de las personas que lo han hecho sufrir⁹. Obsérvese que el contenido cambiaría de manera notable suprimiendo la partícula:

Me han hecho sufrir mis mejores amigos.

No es indiferente su presencia, pues con ella la adecuación del acto comunicativo a la situación en que se emite el acto comunicativo integra lo dicho y lo presupuesto en un todo y conjuga la representación de un suceso (el que a alguien le hayan hecho sufrir sus mejores amigos) con una valoración (encomendada a *ante todo*).

Al hablar, el hablante representa el mundo, o, mejor dicho, representa el universo de sus creencias y sus valores y este es el cimiento sobre el que se alza su acto comunicativo. La selección del vocabulario, la sintaxis, la pronunciación y otros muchos aspectos de la actividad comunicativa son, a fin de cuentas, el resultado final de una incesante toma de decisiones que se supedita a las necesidades del sujeto hablante para poner en pie el referente de su representación. Así, por ejemplo, el niño que deja caer un vaso que se hace pedazos contra el suelo probablemente daría cuenta de este hecho a un adulto con *Se ha roto el vaso* más bien que con *He roto el vaso*, y la elección no es inocente: con *He roto el vaso* el niño representa una acción, de la que es responsable un agente, pero con *Se ha roto el vaso* representa un proceso, un puro proceso que deja en silencio la intervención del agente.

El sentido del hablar, considerado en su faceta de acto, está condicionado, pues, por las necesidades expresivas del sujeto y por la *Weltanschauung* en la que se incardinan esas necesidades. Y, lo que es más importante, esas necesidades y esa concepción del mundo dejan su rastro, por mínimo que sea, en cada acto de hablar concreto.

9. Tomamos el ejemplo de Valerio Báez San José y Guillermo Fernández: "Modificación del enunciado mediante un sistema de partículas", *Lorenzo Hervás*, 4 (2007), pág. 5; http://e-archivo.uc3m.es/dspace/bitstream/10016/1129/5/LH_ling_n4.pdf.

4. EL HABLANTE COMO AGENTE: EL IMPULSO EXPRESIVO

4.1. Por la concepción del mundo el hombre cobra conciencia del lugar que ocupa en relación con las cosas, en relación con los otros hombres y hasta consigo mismo; de ella nace la noción de la propia identidad y de los límites de esta. Y desde ella, desde la conciencia de quien se es y del valor que se otorga a lo que rodea a uno mismo, se actúa.

El hombre no interviene en el mundo siguiendo un criterio arbitrario o guiado por necesidades meramente naturales, sino, ante todo, por necesidades “culturales” que se determinan por la escala de los valores que, implícita o explícitamente, está recogida en su concepción¹⁰. Para Goldmann, la concepción del mundo no es un dato empírico inmediato, pero influye, se manifiesta en el plano empírico. Tampoco se trataría de un ente puramente especulativo, sino del estrato básico a partir del cual el individuo se sitúa en la realidad. Lejos de ser un ente artificial, la concepción del mundo determina la vida individual y la social en sus aspectos más concretos:

Las creencias –dice Ortega y Gasset– constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre que acontece. Porque ellas nos ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma. Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas “vivimos, nos movemos y somos”. Por lo mismo, no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino que actúan latentes, como implicaciones de cuanto expresamente hacemos o pensamos. (*Ideas y creencias*, p. 22).

La coherencia del comportamiento humano viene dada por una lógica de orden práctico subyacente en los actos humanos. La acción, como dice Ricoeur, constituye una red que conecta los actos del hombre con los motivos y con las intenciones del que actúa¹¹. Elizabeth

10. Eso no excluye que la concepción del mundo pueda influir hasta en las reacciones fisiológicas del organismo: piénsese, por ejemplo, en la aversión de judíos y musulmanes por la carne de cerdo, su ingestión, según Bouthoul, provoca “perturbaciones parecidas a las del envenenamiento”.

11. Paul Ricoeur (1988 y 2003).

Anscombe ha analizado la estructura de la acción humana a la luz del silogismo práctico aristotélico¹², de donde nace la consideración de la acción como una especie de conclusión que se desprende de dos premisas: el deseo y las creencias del agente. Las acciones son acontecimientos ejecutados deliberadamente por individuos que tienen creencias e intenciones, y la ejecución está precisamente causada por esas intenciones y creencias. Donde Anscombe dice *creencias* pongamos, en nuestro caso, *concepción del mundo* y podremos perfilar el alcance de las concepciones en la acción del hombre. La intención no es solo una fuerza que impulsa a obrar, sino que también forma parte de la acción misma y le otorga sentido. La concepción del mundo (o las creencias), en último extremo, explica el sentido del actuar, el porqué del hacer, “en el sentido de hacer claro, argumentar, legitimar” (Ricoeur, *El discurso de la acción*, p. 53). La intención da cuenta del impulso personal; la concepción del mundo es el marco de referencia en el que cobran significado las acciones, el trasfondo que hace congruentes esos impulsos y los actos ejecutados a instancias de ellos. Compárense, como ejemplo, el significado de la acción de dos personas que dan la vida por sus creencias: una en la arena del circo romano; otra, haciendo estallar un explosivo pegado a su cuerpo en un lugar concurrido. Lejos de tratarse de actos arbitrarios, están bien enraizados en sus respectivas concepciones del mundo, por muy diferentes que estas sean entre sí. Tan congruente es la acción del traidor como la de la persona leal; sus correspondientes actos (la traición o la lealtad) están motivados por una distinta asunción de los valores, pero no dejan de tener sentido por referencia a una misma concepción, como confirmación o como negación de ella. En el caso de que esas mismas acciones dejaran de ser percibidas como lealtad o traición es claro que habría dejado de tener efectividad el marco significativo en el que cobraban sentido.

12. G. E. M. Anscombe (1991, pp. 109–117).

4.2. La creación verbal (y hablar es un acto de creación verbal¹³) es, no menos que las demás acciones humanas, un acto motivado por impulsos intencionales congruentes con el sustrato desde el que se habla: la concepción del mundo. El hablante es un agente y, como tal, se enfrenta a sucesivas elecciones en el acto de expresarse: hacer frente a no hacer, hacer con unos fines frente a otros fines, con unos medios frente a otros medios.

Al hablar, el hablante objetiva en su acto un impulso que no hubiera tenido otro modo de realidad que la vivencia interna si hubiera optado por callar. Al proyectar su vivencia sobre una realidad material, la expresión, el hablante encarna un estado interno en algo sensible, lo salva de la virtualidad y lo proyecta sobre el entramado de las cosas que forman parte del mundo. Como los otros actos humanos, el de hablar hace patente lo que tiene valor para quien lo lleva a cabo, como afirma K. Bühler¹⁴. Su resultado, el texto, se inserta en el mundo de las cosas tangibles en el que adquiere una posición determinada por la de las otras cosas también tangibles.

13. La idea del hablar como creación está muy arraigada en el pensamiento lingüístico, especialmente en la estilística. Véase, por ejemplo, cómo la formula Coseriu: "Siendo siempre expresión de una intuición inédita y única, el acto lingüístico es acto de creación, acto singular que no reproduce exactamente ningún acto lingüístico anterior y que solo por los límites que le impone la necesidad de la intercomunicación social se «parece» a actos lingüísticos anteriores, pertenecientes a la experiencia de una comunidad" (Coseriu 1986, p. 27)

14. "Toda palabra puede considerarse *sub specie* de una acción humana. Pues todo hablar concreto está en asociación vital con el resto de la conducta con sentido de un hombre; está entre acciones y él mismo es una acción. En una situación dada vemos que un hombre, una vez ase con las manos y maneja lo tangible, las cosas corpóreas, actúa con ellas. Otra vez vemos que abre la boca y habla. En ambos casos el acontecimiento que podemos observar aparece dirigido hacia un fin que debe alcanzarse. Y esto es precisamente lo que el psicólogo llama una acción. El lenguaje coloquial alemán ha preparado y sugerido el término científico «*Handlung*» (acción). Ya en la vida cotidiana generalizamos: llamamos *Handlungen* no solo a las manipulaciones, en que las manos entran en juego y actúan efectivamente, sino también a otras; llamamos *Handlungen* a todas las actividades dirigidas a un fin del hombre entero" (Bühler 1967, pp. 100–101).

Pero el hablar es un hecho tangible, un objeto, que pertenece a la categoría de los hechos simbólicos: si como objeto es un hecho, el ser objeto simbólico lo pone en relación con un acto, con algo que va más allá del mero hecho, de modo similar a como en la sinécdoque la presencia de la parte hace evocar la del todo con el que se relaciona. La estatura de una persona es un hecho y hechos son también una mirada o un poema; pero entre la estatura de alguien, su mirada y su poema hay diferencias fundamentales. La estatura agota su sentido en el hecho mismo; la estatura no es vehículo para la expresión de nada; es cierto que la estatura de una persona puede aportar a un observador información sobre la salud o la alimentación de esa persona, pero la estatura es una propiedad suya y no un objeto creado para transmitir deliberadamente esa información, cuya fuente no es un sujeto, sino el mismo objeto: la persona no controla el flujo de información que se produce entre el objeto y el observador. La mirada y el poema son objetos de distinta especie. Una mirada puede transmitir interés o apatía, amor o desprecio, entre otras cosas; pero lo que en la mirada hay de amor o de desprecio lo pone el sujeto que mira, independientemente de que sea el observador quien asocia la mirada-objeto con esa otra información (amor o desamor) que percibe en ella, y es el sujeto el que puede hacer cambiar su forma de mirar para que el observador infiera que tras esos ojos hay otra información. La mirada-objeto, la que ve el observador, es encarnación del proceso que se produce en el interior del que mira, imperceptible si el sujeto no le da forma.

Es evidente que no podemos hacer variar nuestra estatura a voluntad como sí podemos variar la mirada; pero aun así, no podemos dejar de mirar ni evitar que nuestra mirada trasluzca nuestras emociones, aunque no miremos únicamente para que las emociones se dejen ver en nuestros ojos. Con otras palabras, podemos dotar a nuestra mirada de una dimensión expresiva, pero la expresividad no es la única función del mirar. El caso del poema es muy distinto. En el mundo empírico, el poema es también un objeto o un hecho, como nuestra estatura o nuestra mirada, como la lluvia o una piedra. Pero el

poema, no es un hecho natural como la lluvia o la piedra y, en cierto modo, nuestra estatura, ni es tampoco un hecho que, como la mirada, pueda llegar a tener –según la ocasión– unos matices expresivos adheridos: el poema es, invariablemente, expresión o no es nada, deja de ser poema. A quien se sienta amenazado o embarazado por nuestra mirada podemos mirarlo de otra manera para disipar sus sensaciones y, en tal caso, hacemos variar la naturaleza de la mirada; pero no puede cambiarse la naturaleza del poema sin que ese objeto deje de ser poema. Pertenece este a otra clase de objetos cuya función exclusiva es la del símbolo, es decir, remitir de manera necesaria a algo que no es el propio objeto.

4.3. Pero, al materializarse, el hablar no solo se convierte en un hecho o en un objeto que forma parte del mundo tangible, sino que revela también una voluntad de intervención en ese mundo, intervención que no se produciría sin la previa encarnación a que nos hemos referido en el punto anterior. Que exista voluntad de intervención no quiere decir que esa intervención tenga consecuencias efectivas sobre las cosas, sino que el hablar, nacido en una situación dada de la cual no formaba parte antes de emitirse el mensaje, postula su propia existencia como algo relevante en esa situación. Lo dicho podría esquematizarse así:

SITUACIÓN A + HABLAR = SITUACIÓN B

En una situación dada (A), el hombre, como ya hemos dicho, interpreta el mundo y se interpreta a sí mismo desde las claves que le ofrece su concepción del mundo. Los hechos y las experiencias humanas se acomodan (o dejan de hacerlo) al marco interpretativo general. Si la acomodación entre la experiencia singular y el marco general no se produce, surge una incoherencia; pero en la andadura vital, es de capital importancia asegurar la coherencia del comportamiento propio y, en último término, el hablante trata de salvar mediante la acción creadora

esa falta de ajuste entre la experiencia del mundo y la concepción del mundo. El equilibrio de fuerzas de la situación previa al acto comunicativo se cuestiona en el acto de hablar y al poner en circulación el discurso creado *en y para esa situación* se desplaza, en mayor o menor medida, ese punto de equilibrio hasta que se estabiliza en una nueva situación (B).

El hablar se pliega a los designios del hablante. El acto comunicativo testifica una especie rectificación en la incardinación del hablante en la situación, en el juego de fuerzas del mundo en que lo rodea. En la situación de partida, el hombre, antes de hablar, tiene conciencia de que su posición en el orden del mundo concebido es una posición determinada. Cuando esa inserción del yo en el mundo resulta perturbada surge la conciencia de un desorden. La incoherencia y la inestabilidad se convierten en acicate, en impulso expresivo que, encarnado en el hablar, rehace la posición del sujeto hablante respecto de las cosas. No es un simple devolverlo a la posición perdida, sino más bien instaurarlo en una nueva posición vital. El verdadero impulso que lleva al hablar es un punto en que confluyen el desorden y el orden, el desconcierto y el deseo de seguridad, la revelación del mundo como lucha entre lo informe y lo armónico.

4.4. En “Determinación y entorno”, Coseriu menciona el *impulso expresivo* como “intuición particular que requiere expresión concreta, material” y lo califica como concepto no propiamente lingüístico (“aunque interese en la lingüística y aunque pueda llegarse a él por medio de la lingüística”, p. 91), sino perteneciente a la psicología de la expresión (no solamente de la expresión lingüística).

Como “intuición particular”, el impulso expresivo mira, de un lado, hacia la concepción del mundo, y, de otro, como algo que “requiere expresión concreta, material”, al acto de expresión que motiva. Vista su relación con la concepción, será pertinente que examinemos sus relaciones con la expresión.

El impulso es la razón subjetiva del hablar a alguien de algo y de hacerlo de una cierta manera. Es anterior al acto expresivo que desencadena, pero no es una simple causa mecánica: implica volición y asentimiento. Su consecuencia, el acto de decir algo, está determinada por una serie de decisiones conscientes en mayor o menor grado, pues lleva aparejada la toma de decisiones sobre la conformación lingüística del destinatario (no es igual el tratamiento de respeto que el tuteo, por ejemplo), del tema (conviene hablar de unos temas, pero no de otros) y de la propia formulación verbal de la expresión (en cada situación es adecuado hablar de tal o cual manera).

La subjetividad del impulso se hace, no obstante, palpable en la comunicación. Como dijimos en el apartado anterior, las lenguas se pliegan a las necesidades expresivas de los hablantes incorporando a sus respectivos sistemas los medios necesarios para satisfacerlas. Podemos comprobarlo con un ejemplo cervantino. Cuando, en la segunda parte de *Don Quijote*, el hidalgo manchego interrumpe con sus comentarios la representación de maese Pedro, este le espeta al caballero:

¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiración y todo? (El subrayado es nuestro).

El significado del miembro que sigue a *con todo eso* es incongruente con el significado del que lo precede: no es aceptable que se tenga por bueno lo disparatado e inconsistente, ni que se disfrute con ello, lo cual no significa que el conjunto sea incoherente, sino que su coherencia descansa sobre distinta base.

La congruencia del hablar no solo tiene que ver con el mundo representado; también tiene que ver con específica situación comunicativa, de la cual forma parte la intencionalidad del hablante. Maese Pedro presenta una serie de acontecimientos inconciliables; *con todo eso*, en este caso, no los aúna en un todo coherente *per se*. Lo que aquí se pone de relieve es la coherencia de la posición del hablante ante

los hechos que expone, es decir, la continuidad entre el estándar cultural presupuesto y la actitud del que habla. Y esa coherencia se adhiere a lo enunciado como un sobrentendido producido por el acto de decir las cosas que se dicen. Sirviéndonos del modelo –algo modificado– de enunciado propuesto por nuestro homenajeado, podemos esquematizarlo de la siguiente manera:

SUCEDE QUE		
PRESUPONGO QUE SUCEDE QUE	TE DIGO QUE, <i>con todo eso</i> , SUCEDE QUE	CON LA INTENCIÓN DE
‘las comedias disparatadas no deberían ser aplaudidas’	Se representan... comedias llenas de mil disparates, y ...se escuchan ... con admiración...	‘reprobar el gusto’



Este tipo de coherencia se refiere a la acción de hablar (de representar las cosas), de la cual el enunciado es solo un instrumento. *Con todo eso*, en este caso, relaciona el conjunto de lo dicho (representado por el hablante) con el presupuesto cultural, al cual se adhiere el que habla. Se concretan aquí los elementos que antes se mostraban examinando la estructura de la acción: lo dicho (“Se representan mil comedias llenas de mil disparates... y se escuchan con... admiración”) representa la experiencia de las cosas; lo presupuesto (no deberían aplaudirse las comedias disparatadas) remite a la concepción del mundo del que habla y del hecho de hablar se infiere su intención (reprobar el gusto). En la estructura del enunciado se produce un juego de tensiones –entre lo dicho, lo presupuesto y lo inferido– que permite dilucidar el impulso expresivo de maese Pedro como el deseo de mostrar algo (su intención) mediante una expresión (lo dicho) que choca con un presupuesto cultural actualizado en el acto

comunicativo. Y, como también se vio a propósito de las concepciones del mundo, ese juego de tensiones entre lo que se dice y los contenidos que subyacen a lo dicho se evidencia por medio de un elemento verbal¹⁵.

4.5. Hablar es una actividad humana relacionada con el comportamiento total del hombre, que incluye actos verbales y no verbales. Como cualquier otro acto humano, el de hablar es, pues, un modo de comportamiento por el que el hombre deja constancia del valor que se otorga a sí mismo y del valor que otorga a cuanto se relaciona con él. Al servirse de la lengua, el hablante revela en el hablar no solo unos rasgos lingüísticos particulares, sino también los elementos esenciales de su propia identidad. En lo dicho, el hablante deja huella de su percibirse a sí mismo como un ser que, hablando, pretende modificar un previo estado de cosas con objeto de que el nuevo estado, posterior al hablar, se acomode a sus propósitos. En el texto –producto del hablar– deja el hablante una señal indeleble que permite reconstruir su identidad en tanto que hablante y la finalidad del acto que lleva a cabo.

5. CONCEPCIÓN DEL HABLAR Y SISTEMA LINGÜÍSTICO

5.1. El hablar es actividad comunicativa que se configura como encadenamiento de actos lingüísticos particulares. Y cada uno de estos actos implica la toma de decisiones sobre los hechos que se representan y sobre los procedimientos verbales más apropiados para la representación. El acto lingüístico es acto creador en el que la palabra es medio empleado para la consecución de un fin (la satisfacción de una

15. Obsérvese que el presupuesto cultural no se actualizaría en lo dicho si se negara el segundo miembro: *Se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, no corren felicísimamente su carrera, ni se escuchan con aplauso ni admiración.* De hecho, en este caso no es legítimo interpretar *con todo eso* con el mismo sentido que el que tiene en el ejemplo anterior. Ahora tiene sentido consecutivo mientras que en el caso anterior tenía sentido concesivo.

necesidad expresiva) y ese fin trasciende el medio. En su aspecto exclusivamente verbal, el hablar se reduce a su producto, el texto: combinación de unidades lingüísticas que, oral o escrito, constituye un hecho material. Pero hay que tener en cuenta que los textos son ideados para alcanzar ciertas metas. Ante un texto podemos preguntarnos por su constitución verbal (¿cómo está hecho?) y también por su finalidad (¿para qué se hace?), por su valor de instrumento apto para la acción del hablante, y no debe perderse de vista que la finalidad actúa como germen que desencadena el proceso de la construcción puramente verbal.

5.2. En el acto de hablar interviene un locutor que al emitir una secuencia lingüística se refiere a algún asunto, sobre el cual habla de una determinada manera y lo hace en una determinada lengua. Quién ha de hablar, de qué, cómo y en qué lengua son decisiones que toma el individuo, pero al hacerlo acepta unos preceptos convenidos en la sociedad o se enfrenta a ellos: en la comunidad cultural hay o puede haber asuntos vedados al hablar, hay asuntos que deben tratarse en unas lenguas y no en otras, y hay modos de hablar que se consideran inapropiados.

En el hablar, el papel del individuo hablante entra en relación con tres aspectos decisivos: con el rol social y cultural que le corresponde (¿quién habla o debe hablar?), con el entorno (¿de qué hablar?) y con la lengua (¿cómo hablar?, ¿en qué lengua hacerlo?). Cada una de esas dimensiones del acto comunicativo está regulada por una serie de principios y preceptos. Los que regulan quién habla y de qué se habla constituyen una auténtica ética del hablar, en la cual el acto comunicativo adquiere la consideración de un acto moral en toda su extensión; se juzga aquí en función de la oportunidad o inoportunidad del hecho de hablar y de la moralidad o inmoralidad del contenido de lo dicho. La norma que establece en qué lengua se ha de hablar y cómo se ha de hablar regula las relaciones entre el hablante y la lengua; el hablar

se considera aquí valor idiomático y no estrictamente moral y se juzga en función de la propiedad del discurso.

Entendemos por *concepción del hablar* el conjunto estructurado de estas vigencias que ejercen su influjo sobre la concreta actividad de hablar desarrollada por los individuos, tanto en su aspecto ético como en el idiomático. En su vertiente ética, la *concepción del hablar* se relaciona con el *impulso expresivo* en el sentido de que se contemplan las realizaciones idiomáticas desde la perspectiva de su adecuación a los fines de la actividad de hablar y al acervo cultural que subyace a ella. En su vertiente idiomática, se aproxima al concepto coseriano de “norma” (“lo que en el hablar concreto es repetición de modelos anteriores”, p. 95); difiere, sin embargo, en que la concepción no atiende solamente a valores idiomáticos sino, sobre todo, a su raigambre cultural. En un trabajo anterior¹⁶, hemos demostrado cómo la dificultad barroca revela, por una parte, un sentimiento de individualidad profundamente enraizado en el individuo y, por otra, un criterio de elecciones lingüísticas (en los hipérbatos, en la metaforización, etc.) que, lejos de atenerse a modelos establecidos, busca un nuevo modo de afirmar la prevalencia del individuo sobre su entorno (su mundo y su lengua), un ensanchar las estrechas fronteras de lo convencional.

5.3. Pero las concepciones del hablar se relacionan también con la “lengua”. Al hablante se le presenta la lengua como un conjunto de posibilidades excluyentes, de modo que al elegir unas desecha otras. Esas continuas elecciones no se llevan a cabo azarosamente; por el contrario, están orientadas por el criterio de servirse de los procedimientos que mejor se ajustan al impulso expresivo y a los fines

16. Guillermo Fernández Rodríguez-Escalona y Clara del Brío Carretero: “La concepción barroca del hablar: la dificultad”, *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, III, Madrid, Arco Libros, 2006, pp. 1865–1881.

de la comunicación y, al menos desde los tiempos de Vossler¹⁷, sabemos que en escoger y descartar posibilidades idiomáticas se revela la capacidad creadora del hablante como señal de su posición ante el mundo.

Ante el que habla se extiende un vasto conjunto de opciones y, sin embargo, solamente hace uso de aquellas que se avienen bien con lo que quiere transmitir. Dando carta de naturaleza a unos modos de decir potencialmente realizables en el sistema lingüístico y descartando otros, que, de este modo, llegan a perder total o parcialmente la vigencia que antes pudieran haber tenido, las preferencias de los hablantes constituyen el germen de los cambios lingüísticos. El encadenamiento de esas elecciones y preferencias constituye la historia de la lengua, que se fragua de manera incesante en el hablar concreto de cada ocasión particular. Y se concatena no de manera caprichosa, sino organizada y obediente al dictado de unos actos humanos que, en definitiva, hallan su razón de ser en la consideración que el hombre tiene de su lengua, la cual está, a su vez, enraizada en cómo se ve a sí mismo y cómo se ve en relación con los demás y con cuanto le rodea. Al hablar, el individuo no solo se proyecta sobre el texto que elabora, sino que el valor de esa proyección está vinculado a otros valores y vigencias –la concepción del mundo– actuantes en su modo de conducirse. Tales valores –los que configuran la concepción del mundo y, como parte de esta, la concepción del hablar– se organizan jerárquicamente en una escala cambiante a medida que se suceden los tiempos.

5.4. Al sistema de la lengua, objeto de la lingüística “dura”, se llega por abstracción (Coseriu). En *Desde el hablar a la lengua*, V. Báez muestra este proceso que va desde el hablar concreto hasta un puro sistema de relaciones estructurado en oposiciones que abarca los diferentes planos y niveles de las lenguas. A estas alturas es poco sensato cuestionar que

17. Karl Vossler: *Positivismo e idealismo en la Lingüística. El lenguaje como creación y evolución*, Madrid, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1929; 1ª ed. alemana de 1904 y 1905, respectivamente.

una lengua sea, en efecto, un sistema que integra distintos sistemas de oposiciones. Desde la perspectiva que defendemos en este trabajo, si se hace abstracción del hombre que hablando actúa en su mundo, se llega a una descripción de algo parecido al “manual de instrucciones” de la realización del acto lingüístico. Pocos lingüistas, sin embargo, negarían que una lengua es una creación cultural como lo son las instituciones o las costumbres, aunque de naturaleza muy diferente.

La configuración del sistema atiende a un triple aspecto: por una parte, como “manual de instrucciones”, preserva la peculiar fisonomía de la lengua; por otra, cohesiona un universo de vigencias y, finalmente, su configuración está sujeta a la acción de los hablantes.

La lengua constituye un repertorio de posibilidades, el marco dentro del cual es posible la elección del hablante; efectivamente, el sistema impone unas restricciones (fónicas, sintácticas, semánticas, etc.) al acto de hablar, sin las cuales este podría no ser reconocible; pero, si en un sentido, el hablar es realización del sistema, en otro, lo desborda por cuanto las formas del hablar son nuevas en cada ocasión particular y “en el sistema encuentran solo su condición, su marco ideal” (Coseriu, 99). El sistema constituye el núcleo último de lo que podríamos llamar la “identidad de una lengua”, pero admite unos márgenes que hacen posible el cambio.

Es un hecho evidente que las lenguas están sujetas a variación histórica, lo cual sería una aporía si el sistema fuera “perfecto”, cerrado exclusivamente sobre sí mismo. La estructura del sistema de oposiciones está relacionada, por una parte, con las concepciones del hablar, determinadas, a su vez, por las necesidades humanas de expresión.

Si se acepta que una lengua es una creación cultural, esta de alguna manera tiene que estar determinada por quien la crea. A nuestro modo de ver, su función es la de servir de marco simbólico a las concepciones del mundo. El relativismo lingüístico, la etnolingüística y la lingüística cognitiva han tratado de mostrar cómo la lengua se pliega a una imagen del mundo, a veces hasta el punto de no distinguir

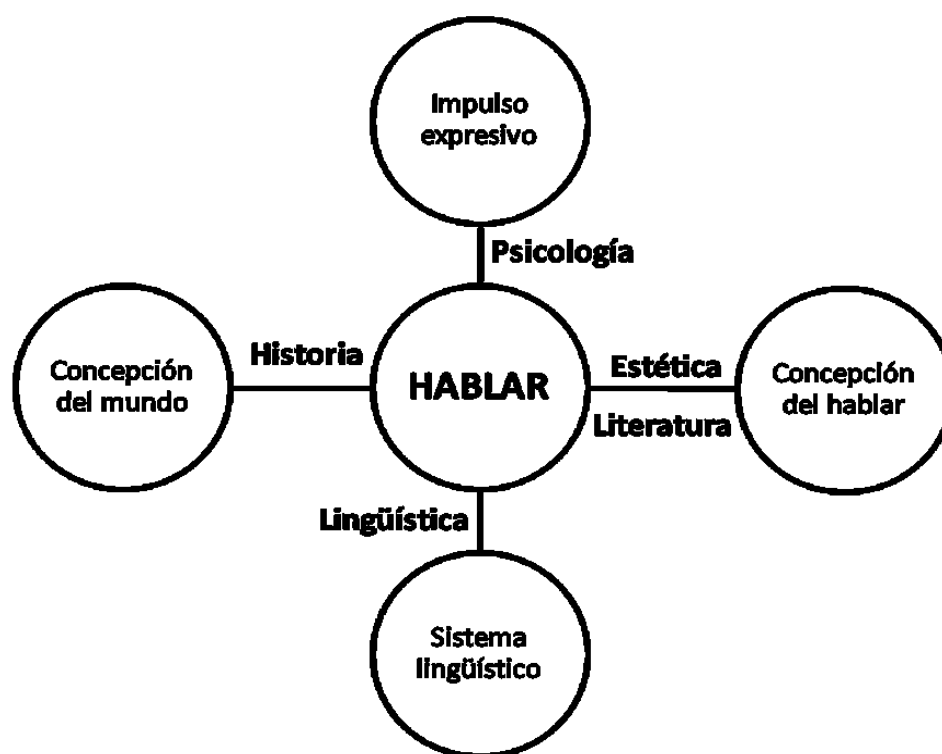
suficientemente entre las “cosas” y su “representación”. Es engañosa esa identificación; las unidades lingüísticas (particularmente los significados y las estructuras sintácticas) categorizan sucesos y objetos, pero su referente es –más que el mundo “real”– el sistema de vigencias a que hemos llamado concepción del mundo. La lengua no es un espejo, no ofrece un exacto reflejo de las cosas, sino una imagen deformada por el filtro de la concepción del mundo. Y en la medida en que cambian las concepciones –y, consecuentemente, las necesidades expresivas; y, consecuentemente, las concepciones del hablar– cambia también el sistema. El sistema ofrece un marco de simbolizaciones estables, pero no perennes. En la imposibilidad de reflejar con total fidelidad la realidad del mundo radica su “imperfeción”. Donde no llega el sistema llega la intuición del hablante, su impulso expresivo le hace violentar – en la medida que sea– las simbolizaciones convencionalizadas y llegar a una nueva convención. Del acto concreto al sistema lingüístico hay un proceso gradual de abstracción; no son compartimentos estancos, sino que están integrados el uno en el otro: en el detalle singular está el sistema y el sistema está previsto para albergar dentro de sí el detalle y, llegado el caso, transformarse haciendo suya una nueva particularidad.

Pero los sistemas lingüísticos no están únicamente diseñados para cambiar en función de los cambios mentales. Para que eso sea posible, el sistema tiene, en cierto modo, prevista la singularidad del acto de expresión. Fenómenos como la déixis o las presuposiciones otorgan presencia a lo que en el hablar hay de acción y no solamente de representación.

6. CONCLUSIÓN

6.1. No quisiéramos acabar esta reflexión sin preguntarnos si existe una ciencia que se ocupe del hablar conjuntamente con las relaciones que mantiene con el mundo, el individuo, las concepciones del hablar y el sistema lingüístico, tal como acabamos de exponer. Y, por otro lado, nos preguntamos también: ¿es razonable que exista?

6.2. Nuestra respuesta a la primera pregunta es claramente negativa. El hablar y su producto, el texto, están inequívocamente en el punto de mira de varias disciplinas como la lingüística o la ciencia de la literatura, dentro de las cuales ocupa, incluso, un lugar central. En otras, como la historia o la psicología, aun cuando su lugar no sea tan preeminente, es asimismo importante. Pero cada una se centra en el estudio de un aspecto parcial del hablar: consideradas las ciencias en un sentido lato, la lingüística se ocupa de las relaciones entre el hablar y el sistema; la historia, de sus relaciones con la concepción del mundo; la psicología, de sus relaciones con el impulso expresivo y la literatura o la estética, de sus relaciones con la concepción del hablar. Y cada una de estas disciplinas ignora, por lo general, los elementos que no son de “su incumbencia”:



Encerradas en su parcialidad y atentas a su particular objeto formal, las ciencias acumulan observaciones y datos que, precisamente por su parcialidad, deforman el objeto mismo. Es una actitud no muy

lejana del positivismo que denostaba Spitzer; “los hechos exteriores se toman tan en serio –dice, no sin ironía, este autor– solo para eludir la respuesta al problema real”¹⁸, que no es otro que el de preguntarse por qué una época literaria o histórica o un sistema lingüístico, por ejemplo, son como son. Cuando la cuestión se plantea y se siente la necesidad de acudir a conceptos y puntos de vista que desbordan sus respectivos objetos, las ciencias detienen la indagación y se repliegan sobre sí mismas.

Acaso la filología sea la ciencia que más se aproxima a la consideración del hablar que aquí se propone. No en vano, Wardropper (1987, p. 176) invoca la vieja definición del *Diccionario de Autoridades* para recordar la perspectiva desde la que el filólogo aborda su estudio:

Ciencia compuesta y adornada de la Gramática, Rhetórica, Historia, Poesía, Antigüedades, Interpretación de Autores, y generalmente de la Crítica, con especulación general de todas las demás Ciencias.

El objeto de una nueva filología no puede ser otro que “el hombre que habla”, el hombre y su hablar conjunta e inseparablemente, o, mejor aún: el hombre en su hablar. No se trata de explicar la individualidad inefable, sino la inserción de lo individual en el sistema total de determinaciones (culturales, lingüísticas, vitales y estéticas) que le dan sentido¹⁹.

18. Leo Spitzer (1982, p. 11).

19. “La creación lingüística tiene siempre su sentido y sabe lo que quiere [...] Lo que se repite en la historia de cada palabra es la posibilidad de reconocer, reflejadas en ellas, las características culturales y psicológicas de un pueblo” (Spitzer 1982, p. 17). Donde Spitzer dice “creación lingüística” bien puede entenderse “acto de expresión o de comunicación”, y lo dicho de las palabras puede aplicarse perfectamente a cualquier otro aspecto del idioma: sonidos, combinaciones de palabras, significados, etc. Lo esencial de este aserto está en la enunciación de un principio: “Wortwandel ist Kulturwandel und Seelenwandel” (p. 17), si el cambio lingüístico es cambio cultural y de sensibilidad, de algún modo la lengua ha de mostrarse receptiva hacia esos contenidos culturales.

El hombre está inexorablemente sometido al tiempo, al espacio y al contacto con lo que le rodea. Su hablar cobra su sentido en una concreta situación, que se ubica en un determinado espacio, en un determinado tiempo y en un determinado entorno cultural. En este sentido, todo hablar es histórico y parece inevitable que la consideración de la historia tenga que incorporarse al método filológico. Pero no ha de entenderse la historia como un historicismo ramplón, no como pura sucesión, o no solamente como sucesión, sino como construcción de un sistema de sentido, de vigencias ancladas espacio-temporalmente, creaciones culturales, en suma, sometidas –como todo lo humano– a sucesión temporal. Ese sistema de sentido es la concepción del mundo.

La captación del sentido exige un método interpretativo, intuitivo, el de la hermenéutica de Schleiermacher, en la que se apoya Spitzer y, en general, las ciencias del hombre. En este sentido, el fundamento metodológico de la estilística y de la lingüística son sustancialmente idénticos, como puede comprobarse en la exposición del filólogo vienés (Spitzer, 1982) y, asimismo, en nuestra reivindicación del círculo de la comprensión publicada recientemente en *Lorenzo Hervás*²⁰.

Si lingüística y filología comparten presupuestos metodológicos, se apartan, sin embargo, en sus respectivos objetos de estudio. Una y otra hacen de la comunicación verbal el eje de sus indagaciones, pero la lingüística hace abstracción de datos que para la investigación filológica son plenamente relevantes. Ciertamente es que los estudios lingüísticos suben y bajan por la escala que va de lo concreto del hablar a lo abstracto del sistema, pero del hablar se poda cuanto es ajeno al sistema. La filología toma en cuenta otra perspectiva y por ahí abre la puerta a otros campos

20. Véanse Spitzer (1982, pp. 7–53) y Valerio Báez San José, Guillermo Fernández y Marcia Loma-Osorio: “Teoría del lenguaje y lingüística general. Sobre los fundamentos del modelo *Desde el hablar a las lenguas*”, *Lorenzo Hervás. Fundamentos del lenguaje*, 1 (octubre de 2010). Como posición teórica, nos parece más convincente la postura de Schleiermacher que la hermenéutica de Habermas o Gadamer, para quien “comprender lo que alguien dice es ponerse de acuerdo en la cosa, no ponerse en el lugar del otro y reproducir sus vivencias” (Gadamer 1997, p. 461).

que quedan lejos de lo lingüístico. Por ejemplo, el concepto de impulso expresivo permite estudiar cómo se realizan, en sistemas simbólicos distintos, análogas necesidades expresivas: el impulso expresivo en la pintura de Ribera y en la poesía de Góngora es sustancialmente el mismo, como también lo es el de un soneto de Garcilaso y un madrigal de Francisco Guerrero²¹. Y, a este respecto, la lingüística se nos aparece como parte del quehacer del filólogo. Aunque no parece fácil que vaya a ser así, la lingüística tiene mucho que aportar a la filología y la filología a la lingüística; esta debe tomar de aquella instrumentos para el análisis y conceptos clave para la investigación: conocer mejor, en suma, la herramienta; y la filología puede contribuir a perfilar mejor el objeto de la lingüística y a su integración en el vasto campo de los estudios culturales.

Con todo, la lingüística no se ha desentendido totalmente del hablar. En los últimos cuarenta o cincuenta años la lingüística ha venido tomando en consideración el hablar concreto con la aparición de disciplinas como la pragmática o la lingüística textual. La pragmática ha tratado de ir un poco más lejos que otros enfoques haciendo centro de su interés el hablar en sus relaciones con el impulso expresivo y con el sistema lingüístico. Se le deben notorias aportaciones como la incorporación de la teoría de la performatividad (Austin) a los estudios lingüísticos y la asunción de lo implícito en la estructura del discurso (Ducrot). No obstante, ha limitado sus resultados el hecho de no haber tenido en cuenta los otros dos tipos de restricciones que se le imponen al hablar. Algo parecido ha sucedido en el campo de la lingüística textual, en boga años atrás; pese a sus intenciones totalizadoras y a notorios intentos (como el de van Dijk) de poner orden en el vastísimo campo de relaciones que tiene su epicentro en los textos, la lingüística textual ha terminado poco menos que extinguiéndose por no haber precisado unos lineamientos metodológicos convincentes, o

21. Véase Guillermo Fernández: "Significado musical y significado lingüístico", *Anuario Musical*, 63 (2008) págs. 203-230.

desplazando su centro de interés hacia las relaciones entre el texto y las concepciones del mundo.

Igualmente notables consideramos algunos conceptos de la posición teórica de Valerio Báez (2002). Por una parte, su concepción de la lingüística otorga al hablar un papel claro –aunque secundario– en el objeto de esta ciencia: es el estrato básico sobre el que la investigación elabora sus abstracciones hasta llegar a perfilar el sistema. Las relaciones que constituyen el sistema están también en el hablar, aunque en el hablar haya matices que en el sistema no son pertinentes. Por otra parte, su estructuración del *enunciado* en una parte performativa y una parte performada permite incorporar al hablante en su decir y considerar ese decir como una acción que da lugar a la representación de un hecho del mundo. A nuestro juicio, una más matizada elaboración de la estructura performativa del enunciado, que pudiera integrar en ella los presupuestos y las intenciones –en la línea de lo que hemos representado esquemáticamente en la página 343– abriría nuevas posibilidades al estudio del hablar:

SUCEDE QUE		
PRESUPONGO QUE SUCEDE QUE	TE DIGO QUE SUCEDE QUE	CON LA INTENCIÓN DE
(presuposiciones)	(representación verbal del mundo)	(finalidad del hablante)

Vista esta estructura de un modo muy general, las presuposiciones remiten a las concepciones del mundo; el performativo (genéricamente, “te digo...”), a la acción del hablante; la intención, al impulso expresivo; la estructuración de las representaciones verbales del mundo, al sistema y el todo, al hablar mismo: un hecho del mundo en el que se representa verbalmente el mundo²².

22. Esta correspondencia entre la estructura del enunciado y las determinaciones del hablar no deja de presentar problemas que aquí no podemos tratar; sería necesario mayor espacio y detenimiento para justificarla.

Para que la filología pudiera asumir el estudio del hablar en todas sus dimensiones, habría de desprenderse de algunos prejuicios –más operativos en su práctica que la indudable riqueza de las aportaciones teóricas de sus cultivadores más brillantes– como el historicismo pedestre, los excesos interpretativos, y una actitud un tanto ingenua en la consideración de lo literario como dimensión absoluta del hablar. Puestos a formular propuestas, nos parecen las tareas más urgentes, por una parte, la de fijar las concepciones del mundo y las concepciones del hablar realmente operativas, y, por otra, comprobar su operatividad en lo literario y lo no literario, en lo oral y en lo escrito, en lo pasado y en lo presente. El hombre se revela en su hablar en un telediario y en un soneto, en las páginas del BOE y en una novela, en la prensa deportiva y en el teatro, en un cartel anunciador y en un discurso parlamentario: al fin y al cabo el periodista, el poeta, el legislador, etc... forman parte del mismo mundo (tanto el de ahora mismo como el de hace cuatro siglos) porque comparten, con matices, una misma concepción del mundo y una misma concepción del hablar que les impele a hablar de lo que hablan y a hacerlo como lo hacen (ahora y hace cuatro siglos).

6.3. Muy distinta respuesta requiere la segunda de las preguntas que formulábamos al comienzo de esta parte del trabajo: ¿Es razonable una filología hoy? Para responder con algún cuidado es conveniente tener en cuenta argumentos de tipo teórico y de tipo práctico.

Desde un punto de vista teórico, no se nos oculta que lo aquí propuesto no es fácilmente abarcable. Una filología atenta a todos los aspectos y matices sería algo así como la ciencia de las ciencias: la que, de un modo u otro, comprendiera dentro de sí a todas las demás, incluidas las que aquí ni siquiera se han mencionado. Habrá quien piense que su inviabilidad es suficiente argumento para negar toda razonabilidad a lo inalcanzable. No obstante, toda ciencia es un empeño permanente de asir lo inasible: por muchos avances que se produzcan en ella, una ciencia nunca llegará, por definición, a agotar el conocimiento de su objeto. Las ciencias de la naturaleza, por ejemplo,

aun creciendo acumulativamente continúan formulándose las mismas preguntas fundamentales que hace un siglo; en ellas se precisa y se acota lo conocido en muy alto grado, pero su objeto no se agota en todas sus posibilidades. Otro tanto sucede con las ciencias humanas, que prácticamente vienen a refundarse cada dos o tres generaciones. El sentido de la actividad científica no está en la consecución del saber total –inalcanzable por naturaleza–, sino en facilitar el camino que ilusoriamente llevaría hacia él. A este respecto, no estaría menos legitimada que cualquier otra ciencia una filología que asumiera un objeto tan amplio ni una perspectiva tan abarcadora como la que aquí venimos defendiendo.

Pero si entramos en los argumentos prácticos, hallamos que es precisamente ese propósito abarcador el primer factor que juega en su contra. La filología confluye con una de las disciplinas que también se ocupan del hablar, la de los estudios literarios, donde se halla muy fuertemente arraigada una corriente de pensamiento que rema en dirección contraria. Las teorías formalistas y la deconstrucción tienen en común el considerar la inmanencia del texto; los acercamientos sociologistas y la estética de la recepción ponen su centro de interés básicamente fuera de él. Unas y otras escuelas no solamente dejan radicalmente fuera de su visión el papel del hablante, sino que dejan también arrinconadas las relaciones que desde el texto o desde su proceso de recepción pueden desembocar en los otros elementos fundamentales del hablar.

Por otra parte, la aplicación mecánica de los métodos y procedimientos de análisis desde la desaparición de los grandes filólogos a mediados del siglo XX ha conducido a la filología a una actividad sin resultados relevantes. Pero, ¿pueden esperarse “resultados” de la investigación humanística? Para responder a esta cuestión, tendríamos que preguntarnos qué se entiende por “resultados” y acaso por indagar sobre la verdad de las cosas. La filología no da –no puede darlo– resultado, no da resultados tangibles y cuantificables; a lo sumo llega a la explicación de un hecho, de su sentido, pero no puede pretender dejarlo explicado de una vez para siempre ni de manera

“objetiva”. El único resultado del estudio filológico –como el de toda la investigación humanística– es su propio discurso: una construcción de sentido que pretende anclar en la vida lo que de la vida ha surgido en un momento dado. No ha de entenderse, sin embargo, que disculpamos el mecanicismo metodológico. Este, más que causa de la decadencia de los estudios filológicos, es consecuencia de una crisis cultural profunda que se extiende mucho más allá y se concreta en la disgregación de la unidad de la experiencia y en la ruptura de la continuidad histórica²³.

En un sentido más inmediato, el futuro de esa ciencia del hablar que identificamos con una nueva filología parece que no va a tener un recorrido muy largo. Atentos todos al signo de los tiempos, tanto las instituciones académicas como las preferencias de estudiantes y estudiosos rehúyen una empresa de dimensiones acaso inabarcables y no quieren correr riesgos. A la altura de nuestros días, podemos afirmar con Wenzel²⁴ que la filología es una actitud más que una disciplina académica. Al filólogo vocacional no le queda otra salida que la del francotirador (como gusta de decir mi buen amigo Juan Carlos Asensio): comprometerse con convicción en la defensa de sus posiciones y esperar a que escampe.

23. Veánse las reflexiones de Hannah Arendt y Anthony Giddens mencionadas en la bibliografía. Puede parecer paradójica esta perspectiva reduccionista (tanto en las ciencias como en las actitudes) en una época que apela constantemente a la globalización y al ensanchamiento de fronteras. Un fenómeno como Internet, calificado de “ventana al mundo”, es perfectamente congruente con ese espíritu reduccionista: acaso esa ventana al mundo nos muestra una imagen complaciente que contemplamos embobados mientras nos olvidamos de lo que hay más allá de la ventana misma.

24. “Philology not so much as an academic discipline with a clearly defined object and proper methods of investigation, but rather as an attitude” (Wenzel, 1990, p. 12).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Amado (1986): *Materia y forma en poesía*, Madrid, Gredos, 3ª edición, 3ª reimpresión.
- Alonso-Cortés, Ángel (2005): "Teoría Lingüística y teoría de la Literatura: convergencias", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 23, pp. 5-18.
- Anscombe, G. E. M. (1991): *Intención*, Barcelona, Paidós.
- Arendt, Hannah (2003): *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona, Península.
- Auerbach, Erich (1975): *Mimesis: la realidad en la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Austin, John (1971): *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*, Barcelona, Paidós.
- Báez San José, Valerio (1972): *La estilística de Dámaso Alonso*, Sevilla, Anales de la Universidad Hispalense, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2ª edición.
- (2002): *Desde el hablar a la lengua. Prolegómenos a una teoría de la sintaxis y la semántica textual y oracional*, Málaga, Ágora.
- Báez San José, Valerio y Guillermo Fernández (2007): "Modificación del enunciado mediante un sistema de partículas", *Lorenzo Hervás*, 4; http://e-archivo.uc3m.es/dspace/bitstream/10016/1129/5/LH_ling_n4.pdf.
- Báez San José, Valerio, Guillermo Fernández y Marcia Loma-Osorio (2010): "Teoría del lenguaje y lingüística general. Sobre los fundamentos del modelo *Desde el hablar a las lenguas*", *Lorenzo Hervás. Fundamentos del lenguaje*, 1; http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/10016/9388/1/LHFL_1_TLLG.pdf.
- Bouthoul, Gaston (1970): *Las mentalidades*, Barcelona, Oikos-Tau.
- Bühler, Karl (1950): *Teoría de la expresión*, Madrid, Revista de Occidente.
- (1967): *Teoría del lenguaje*, Madrid, Revista de Occidente, 2ª edición.
- Burke, Peter (2000): *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial.

- Cassirer, Ernst (1979): *Antropología filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica, 9ª reimpresión.
- Coseriu, Eugenio (1986): *Introducción a la lingüística*, Madrid, Gredos, 2ª edición.
- Cowes, Hugo (1995/1996): "Asunción y superación de la estilística en el pensamiento de Amado Alonso. Poesía y ontología", *CAUCE, Revista de Filología y su didáctica*, 18-19, pp. 255-269.
- Curtius, Ernst Robert (1955): *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.
- Dilthey, Wilhelm (1974): *Teoría de las concepciones del mundo*, traducción de Julián Marías, Madrid, Revista de Occidente.
- Ducrot, Oswald (1986): *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*, Barcelona, Paidós.
- Fernández Rodríguez-Escalona, Guillermo (2002): "La concepción del hablar en el Renacimiento español", *Actas del Congreso Carlos I y su tiempo*, Toledo, Cofradía Internacional de Investigadores, pp. 229-246.
- (2008): "Significado musical y significado lingüístico", *Anuario Musical*, 63, pp. 203-230.
- (en prensa): "La concepción cervantina del hablar", *Litterae*, 5.
- Fernández Rodríguez-Escalona, Guillermo y Clara del Brío Carretero (2006): "La concepción barroca del hablar: la dificultad", *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, III, Madrid, Arco Libros, pp. 1865-1881.
- Fleischman, Suzanne (1990): "Philology, Linguistics, and the Discourse of the Medieval Text", *Speculum*, 65.1, pp. 19-37.
- Gadamer, Hans-Georg (1997, 1998): *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme: I (1997) y II (1998).
- Giddens, Anthony (2004): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 3ª reimpresión.
- Gjesdal, Kristin (2006): "Hermeneutics and Philology: A Reconsideration of Gadamer's critique of Schleiermacher", *British Journal for the History of Philosophy*, 14.1, pp. 133-156.
-

- Goldmann, Lucien (1986): *El hombre y lo absoluto*, Barcelona, Planeta.
- Habermas, Jürgen (1999): *Teoría de la acción comunicativa, I: Racionalidad de la acción y racionalización social*, Madrid, Taurus.
- (1992): *Teoría de la acción comunicativa, II: Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus.
- Jaspers, Karl (1967): *Psicología de las concepciones del mundo*, Madrid, Gredos.
- Malkiel, Yakov (1964): "Filología española y lingüística general", *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, Dolphin Book, pp. 107-126.
- Marías, Julián (1972): *La estructura social*, Madrid, Revista de Occidente.
- Nichols, Stephen G. (1990): "Philology in a Manuscript Culture", *Speculum*, 65.1, pp. 1-10.
- Ortega y Gasset, José (1977): *Ideas y creencias*, Madrid, Revista de Occidente, 8ª edición.
- Patterson, Lee (1990): "On the Margin: Postmodernism, Ironic History, and Medieval Studies", *Speculum*, 65.1, pp. 87-108.
- Ricoeur, Paul (1988): *El discurso de la acción*, Madrid, Cátedra.
- (2002): *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición.
- (2003): *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta.
- Spitzer, Leo (1982): *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 2ª edición, 3ª reimpresión.
- Trapero, Maximiano (1996/1997): "De filología a la lingüística y de la lingüística a la filología", *Philologica Canariensis*, 2-3, pp. 515-523.
- Van Dijk, Teun A. (1992): *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario*, Barcelona, Paidós.
- (comp.) (2000a): *El discurso como estructura y como proceso*, Barcelona, Gedisa.
- (comp.) (2000b): *El discurso como interacción social*, Barcelona, Gedisa.
-

Vossler, Karl (1929): *Positivismo e idealismo en la Lingüística. El lenguaje como creación y evolución*, Madrid, Buenos Aires, Editorial Poblet.

----- (1943): *Filosofía del lenguaje. Ensayos*, Buenos Aires, Losada.

----- (1959): *Espíritu y cultura en el lenguaje*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.

Wardropper, Bruce W. (1987): "An Apology for Philology", *MLN*, 102.2, Hispanic Issue, pp. 176–190.

Wenzel, Siegfried (1990): "Reflections on (New) Philology", *Speculum*, 65.1, pp. 11–18.